

Mas yo os digo:—Que no resistais al mal: antes si alguno te hiriere en la mejilla derecha, párale tambien la otra; y aquel que quiere ponerte pleito y tomarte la túnica, déjale tambien la capa; y al que te precisare á ir cargado mil pasos, vé con él otros dos mil mas. Dá al que te pidiere, y al que te quiera pedir prestado no le vuelvas la espalda.

Habeis oido que fué dicho:—Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo:—Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen; y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores; porque si amais á los que os aman, ¿qué recompensa tendreis? ¿No hacen tambien lo mismo los publicanos? Y si saludais tan solamente á vuestros hermanos, ¿qué haceis de mas? ¿no hacen esto mismo los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.

Mirad que no hagais vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos de ellos: de otra manera no tendreis galardón de vuestro Padre, que está en los cielos; y así, cuando haces limosna, no hagas tocar la trompeta delante de tí, como los hipócritas hacen en las sinagogas y en las calles para ser honrados de los hombres: en verdad os digo, recibieron su galardón. Mas tú cuando haces limosna no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea en oculto; y tu Padre, que vé en lo oculto, te premiará; y cuando oreis no sereis como los hipócritas, que aman el orar en pié en las sinagogas y en los cantones de las plazas para ser vistos de los hombres: en verdad os digo que recibieron su galardón. Mas tú cuando orares entra en tu aposento, y cerrada la puerta ora á tu Padre en secreto; y tu Padre, que vé en lo secreto, te recompensará. Y cuando orares no habléis mucho como los gentiles, pues piensan que por mucho hablar serán oídos, pues no queráis asemejarnos á ellos, porque vuestro Padre sabe lo que habeis menester antes que se lo pidais.

Vosotros, pues, así habeis de orar:—Padre nuestro, que estás en los cielos: santificado sea el tu nombre: venga el tu reino; hágase tu voluntad, como en el cielo, así tambien en la tierra. Danos hoy vuestro pan sobresustancial y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas libranos de mal. Amen.—Porque si perdonáreis á los hombres sus pecados, os perdonará tambien vuestro Padre celestial vuestros pecados; mas si no perdonáreis á los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados.

Y cuando ayuneis no os pongais tristes como los hipócritas, que desfiguran sus rostros para hacer ver á los hombres que ayunan: en verdad os digo que recibieron su galardón. Mas tú cuando ayunes unge tu cabeza y lava tu cara para no parecer á los hombres que ayunas, sino solamente á tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que vé en lo escondido, te galardonará.

No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra, donde orin y polilla los consume, y en donde ladrones los desentierren y roban; mas atesorar para vosotros tesoros en el cielo, en donde ni orin ni polilla los consume, y en donde no hay ladrones que los desentierren y roben; porque donde está tu tesoro, allí está tambien tu corazón. La antorcha de tu cuerpo es tu ojo: si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso; mas si tu ojo fuese malo, todo tu cuerpo será tenebroso; pues si la lumbré que hay en tí son tinieblas, ¿cuán grandes serán las mismas tinieblas? Ninguno puede servir á dos señores, porque aborrecerá al uno y amará al otro, ó al uno sufrirá y al otro despreciará: no podeis servir á Dios y á las riquezas.

Por tanto os digo:—No andeis afanados para vuestra alma qué comereis, ni para vuestro cuerpo qué vestireis. ¿No es mas el alma que la comida, y el cuerpo mas que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en trojes, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mas que ellas? ¿y quién de vosotros discurriendo puede

añadir un codo á su estatura? ¿por qué, pues, andais acongojados por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo, no trabajan, ni hilan: yo digo, que ni Salomon en toda su gloria fué cubierto como uno de estos; pues si al heno del campo, que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios viste así, ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fé? No os acongojeis, pues, diciendo: ¿qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos? Porque los gentiles se afanan por estas cosas, y vuestro Padre sabe que teneis necesidad de todas ellas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Y así no andeis cuidadosos por el dia de mañana, porque el dia de mañana á sí mismo se traerá su cuidado: le basta al dia su propio afan.

No queráis juzgar para que no seais juzgados, pues con el juicio con que juzgáreis sereis juzgados, y con la medida con que midiéreis os volverán á medir. ¿Por qué, pues, ves la pajita en ojo de tu hermano, y no ves la viga en tu ojo? ó ¿cómo dices á tu hermano: deja, sacaré la pajita de tu ojo, y se está viendo una viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás para sacar la mota del ojo de tu hermano.

No deis lo santo á los perros, ni echeis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las huellen con sus piés, y revolviéndose contra vosotros os despedacen. Pedid, y se os dará: buscad, y hallareis: llama, y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abrirá. O ¿quién de vosotros es el hombre á quien si su hijo pidiera pan le dará una piedra, ó si le pidiera un pez, por ventura, le dará una serpiente? Pues si vosotros siendo malos sabeis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre, que está en los cielos, dará bienes á los que se los pidan? Y así, todo lo que quereis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo tambien vosotros con ellos, porque esta es la ley y los Profetas.

Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva á la perdicion, y muchos son los

que entran por él. ¡Qué angosta es la puerta y qué estrecho el camino que lleva á la vida, y cuán pocos son los que atinan con él!

Guardaos de los falsos profetas, que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos robadores: por sus frutos los conoceréis; por ventura, ¿cogen uvas de los espinos, ó higos de los abrojos? Así, todo árbol bueno lleva buenos frutos, y el mal árbol lleva malos frutos: no puede el árbol bueno llevar malos frutos, ni el malo llevar buenos frutos: todo árbol que no lleva buen fruto, será cortado y metido en el fuego. Así, pues, por los frutos de ellos los conoceréis.

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos. Muchos me dirán en aquel dia: Señor, señor, ¿pues no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces yo les diré claramente:—Nunca os conocí: apartaos de mí los que obráis la iniquidad, pues todo aquel que oye estas mis palabras y las cumple, comparado será á un varon sábio que edificó su casa sobre la peña: que descendió lluvia, y vinieron rios, y soplaron vientos, y dieron impetuosamente en aquella casa, y no cayó porque estaba cimentada sobre peña. Y todo el que oye estas mismas palabras y no las cumple, semejante será á un hombre loco que edificó su casa sobre arena: que descendió lluvia, y vinieron rios, y soplaron vientos, y dieron impetuosamente sobre aquella casa, y cayó, y fué su ruina grande.

Quando Jesus hubo acabado este discurso, se maravillaban las gentes de su doctrina, porque la enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas y fariseos.

No era posible que, á pesar de su estension, dejásemos de reproducir íntegra la mas admirable de las peroraciones del Salvador: modelo es esta de grandeza, de profundidad en el fondo,

de sencillez en la forma, que deben apresurarse á imitar los oradores sagrados que se dirigen al pueblo.

Los símiles, las comparaciones de que se vale Jesucristo en este admirable discurso, se distinguen por su oportunidad y exactitud, hablan al entendimiento y á la vez al corazón; y cuando el testimonio de la naturaleza confirmaba tan elocuentemente sus palabras, ¿podrían ser estas negadas ni contradichas?

Los pasajes todos de este discurso nos revelan que es el Criador el que habla de la criatura: nadie, antes ni después de él, habló del hombre con más conocimiento del hombre: nadie explicó las relaciones que existen entre los seres animados é inanimados de la naturaleza: nadie retrató con mayor energía y más exacto parecido las mezquinas pasiones del orgullo, de la soberbia, de la codicia y de la incredulidad: los hipócritas no oirán jamás las palabras de Jesucristo sin estremecerse, los adúlteros sin sentir que circula por sus venas el frío del remordimiento, y los que en su mano tienen la justicia y la tuerca, pálidos apartarán sus ojos de las tremendas frases que condenan su conducta.

Leed muchas veces, sacerdotes, el discurso de la montaña de Jesucristo: el Salvador reasume en él casi toda su doctrina: lo que debemos creer, lo que debemos esperar, lo que debemos temer, se halla en esta peroración, y con ella instruyó á sus discípulos antes de hacer que compartiesen con él el ministerio de la predicación.

Jesús convocó en vida á los Apóstoles, y dándoles potestad sobre los espíritus inmundos para lanzarlos y para sanar toda dolencia y toda enfermedad, les dijo:—No vayáis á camino de gentiles, ni entreis en las ciudades de samaritanos. Id de dos en dos ante las ovejas que perecieron de la casa de Israel; id y

predicad diciendo: Se acercó el reino de los cielos; sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios: lo que *graciosamente* recibisteis, dadlo *graciosamente*. No poseáis oro, ni plata, ni dinero en vuestras fajas, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón, porque digno es el trabajador de recibir alimento, y vosotros recibiréis el que hayáis menester. No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros.

Aquí, aquí comienza en efecto la Historia de la Elocuencia Cristiana: esta es su primera página, su página más gloriosa, y de la cual jamás escribiremos cuanto de ella deseáramos escribir.

Jesucristo habla al pueblo en el lenguaje más propio para que le comprenda y retenga su doctrina: elige semejanzas y comparaciones fáciles, sencillas, tomadas de la naturaleza y de los hombres, tales como son, sin disfraz ni hipocresía.

El modelo no puede ser más acabado y perfecto: la lección provechosa para la juventud y para tantos como reparan muy poco en si conviene ó no al auditorio que les escucha la forma de sus discursos.

Pero oigamos de nuevo á Jesucristo y meditemos detenidamente sobre algunos otros pasajes de su sublime predicación.

—Yo sé que viene el Mesías, decía la Samaritana, que se llama Cristo, y cuando viniere, él nos declarará todas las cosas. Yo soy, contestó Jesús, yo soy, que hablo contigo.

—Mi comida es que haga la voluntad del que me envió y que cumpla su obra.

—Mi Padre obra hasta ahora, y yo obro.

—No recibo gloria de hombres; mas yo os he conocido que no teneis el amor de Dios en vosotros: yo vine en nombre de mi

Padre, y no me recibis; si otro viniere en su nombre, á aquel recibireis (1).

—Yo soy, no temais, dijo á los Apóstoles, que le vieron llegar sobre las aguas.

—Yo soy el pan de la vida: el que á mí viene, no tendrá hambre; y el que en mí cree, tendrá sed.—Yo soy el pan de la vida; pan de vida que descendí del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne por la vida del mundo.—El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.... El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él.... El que me come, él mismo vivirá por mí.... Las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son.

—Si alguno tiene sed, venga á mí y beba.

—¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? Mientras estoy en el mundo, luz soy del mundo. Si no hago las obras de mi Padre, no me creais; mas si las hago, aunque á mí no me querais creer, creed á las obras, para que conozcáis y creais que el Padre está en mí y yo en el Padre. Yo soy la resurreccion y la vida: el que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá.

—Vosotros me llamais Maestro y Señor, y bien decís, porque lo soy. Si me amais, guardad mis mandamientos. No os dejaré huérfanos: vendré á vosotros. La paz os dejo, mi paz os doy.

Así habla Jesucristo de sí: así dá testimonio de su persona.

Cada frase de las que hemos tomado del Evangelio encierra, no como suponen los incrédulos, un enigma; sino un testimonio de amor, de amor inmenso, que se hace estensivo sin disminuir un átomo á toda la humanidad.

Cuando Jesus habla á las turbas, cuando enseña á los hom-

(1) Esto tuvo lugar dando los judíos crédito á muchos embusteros que les engañaron.—*Hechos de los Apóstoles*, v. 36 y 37.—Y en Joséfo.

bres la manera de orar, cuando se dirige á los niños, cuando formula las bienaventuranzas, en las ocasiones todas en que dá á conocer su poder por medio de su amor al hombre, Jesucristo nos revela que es verdadero Dios, y solo siéndolo se conciben los hechos de su vida, su predicacion asombrosa y el sacrificio á que gustoso se somete por librarnos de la muerte y del pecado.

La envidia de los fariseos y de los sacerdotes le conduce á un suplicio infame; sus discípulos le abandonan: uno de ellos le vende traidoramente, y el primero y mas celoso de todos reniega de él tres veces. Acusado ante el consejo, honra hasta el fin el ministerio de los sacerdotes, y responde en términos precisos al pontífice, que le interroga jurídicamente.

«Se condena á Jesus, dice Bossuet, porque se decia el Cristo Hijo de Dios: el justo es condenado á muerte: el mayor de todos los crímenes dá lugar á la mas perfecta obediencia que se conoció jamás: Jesus, soberano de su vida y de todas las cosas, se abandona voluntariamente al furor de los protervos, y ofrece un sacrificio que debia ser la espacion del género humano. Pendiente en la cruz, mira en las profecias lo que le quedaba que hacer: lo cumple, y dice: *Todo se ha consumado*. Al acabar de proferir estas palabras, cesa la ley, pasan sus figuras, y son abolidos los sacrificios para una oblacion mas perfecta. Jesucristo espira, y toda la naturaleza se conmueve: el Centurion que le miraba, lleno de asombro al presenciar una muerte tal, esclama y dice:—Verdaderamente es el Hijo de Dios; y los espectadores se vuelven dándose golpes de pechos. Al tercer dia resucita; aparece á los suyos, que le habian abandonado y que se obstinaban en no creer su resurreccion: le ven, le hablan, le tocan, y quedan convencidos. Para

confirmar la fé de su resurreccion muéstrase diversas veces y en diversas circunstancias. Sus discípulos le ven en particular, y le ven tambien todos juntos. Se aparece una vez á muchos hombres reunidos: el Apóstol que esto ha escrito, asegura que la mayor parte de ellos vivian todavía cuando él lo escribia. Jesucristo resucitado dá á sus Apóstoles el tiempo que quieren para que le contemplen bien; y despues de haberse puesto entre sus manos, dejándose tocar de la manera que quisieron hasta que no les quedase la menor duda de la verdad, les ordena que den testimonio de lo que han visto, de lo que han oido y de lo que han palpado; y á fin de que no puedan dudar de su divinidad se eleva á los cielos, de donde habia descendido para salvar al hombre de las funestas consecuencias del pecado.»

Agrupaos, sacerdotes de Jesucristo, alrededor de la cruz; subid al Calvario y recoged las sublimes lecciones que brotan del árbol de la redencion. Solo allí podreis aprender á llenar vuestra mision adquiriendo el valor de que tanto habeis menester en nuestros dias para contrarestar la tormenta que arrecia y se siente rugir sorda sobre nuestras cabezas. No permanezcais en segundo término, colocaos en el primero y dirigid los pasos vacilantes del género humano, á quien falta la fé y parece estar próximo á perder la esperanza.

La venida de Jesucristo tuvo por objeto enseñar al hombre el camino de la virtud: él era el verdadero Maestro prometido tantas veces, y de cuya palabra fueron imágen la piedra misteriosa de la cual hicieron brotar agua Moisés y Aaaron, el árbol de la vida cargado de abundantes frutos, el divino cordero cubierto de blanca lana, y la cepa privilegiada de las viñas de Engaddi, la cual destilaba un bálsamo precioso de salud y vida para los mortales.

El mas importante entre todos los conocimientos que necesita el orador sagrado, es el de conocer á Dios y á su verdadero Hijo Jesucristo; á este conocimiento llama San Juan VIDA ETERNA: *hæc est VITA ETERNA ut cognoscant te solum verum Deum, et quem misisti Jesum-Christum*: procurad adquirirle con gran empeño: no os fieis en vosotros mismos, ni en vuestros propios recursos; pues en verdad os digo, que si ese sol no alumbra vuestro entendimiento, y esa llama no arde en el fondo de vuestro pecho, estéril será vuestra elocuencia é inútil vuestra presuncion.

La cruz en que espira el Redentor, debe ser vuestro punto de partida, y á ella debeis encaminar al género humano, que necesita un faro luminoso para no perderse, y le tendrá siempre en ese madero que se alzó un dia en la cima del Gólgota, y hoy debeis levantar vosotros con vuestro *ejemplo* y vuestra *predicacion* á la vista de un siglo presuntuoso y vano, no con palabras aterradoras, como Dios se dirige al hombre en la antigua ley, sino como Jesucristo enseñó su doctrina, sus leyes y sus misterios: los rayos y los truenos se convierten cuando Dios habla al hombre en agua dulcísima y saludable que vivifica los corazones, y este es el tiempo tan deseado por Job y los demás Profetas: *¿Utinam loqueretur Deus tecum et ostenderet tibi secreta sapientiae suae?*

El conocimiento de Dios es la verdadera sabiduría, y la cruz el manantial fecundo de donde parten todos los rios de felicidad y de ventura para la humanidad: asíos fuertemente á la cruz, y nada temais: en ella y con ella lo podreis todo, y lograreis reproducir en los incrédulos de nuestros dias el mas portentoso milagro que obró Jesus resucitando á Lázaro y haciéndole salir, segun dice San Ambrosio (1), con los piés ligados, las manos

(1) Orat. de fide resur.

atadas y el rostro cubierto con un velo. El Salvador, despues de haber obrado esta maravilla, permanece tranquilo, mientras todos se agitan por ver al resucitado (1), que envuelto en lienzos y ligado con fuertes nudos, sale con ligereza y camina con libertad (2): poco despues Jesus se dirige á sus discípulos, y les dice: —Desatadle con vuestras propias manos, y dejadle que vaya á su casa.

¿Por qué temblar? ¿por qué dudar? tiempo es de predicacion el que hemos alcanzado: Jesucristo sabe que Lázaro su amigo ha muerto; y pensando en socorrerle y librarle del sepulcro, no acude con la presteza que pide la amistad, segun la sentencia del Espíritu Santo (3): se detiene, espera dos dias; es decir, prepara este suceso como habia preparado su predicacion, y cuando se acerca á la tumba, manda á los que habian de ser testigos del milagro que levanten *por sí mismos* la losa que la cubre.

He aquí nuevas enseñanzas para el orador cristiano, que confirman todos nuestros consejos: el que traslada los montes á los abismos del mar, bien podia levantar la losa del sepulcro de Lázaro; pide, no obstante, la cooperacion de los hombres, porque desea que trabajen para que sean fieles intérpretes de su doctrina y obren en su nombre iguales maravillas.

Trabajad, pues, sin tregua ni descanso: leed muchas veces los discursos todos de Jesucristo, y en ellos hallareis temas inagotables para ejercer la predicacion: cuantos asuntos debeis tratar en el púlpito, todos se encuentran en la predicacion y en la vida del Salvador; estudiad, pues, ante todo á Jesucristo, y estudiadle siempre si quereis ser buenos oradores.

- (1) El Crisóstomo, hom. de Lázaro resur.
- (2) San Agustín, Ser. 52 de Verb. Domi.
- (3) «Ne dicas amico tuo revertere eras, cum statim possis dare.»

De todos los puestos que pueden ambicionarse en el mundo, el mas elevado, dice Lamartine (1), para un hombre de genio, es la tribuna sagrada: para subir á esa tribuna necesitais, pues, una gran preparacion: lo bueno no es suficiente, es preciso aspirar á lo mejor: el deber es poca cosa en los soldados de Cristo, es forzoso el sacrificio; subid, subid conmigo á ese trono magnifico, superior al de los poderosos de la tierra; subid por el que es el *camino* y la *verdad*.—Vamos, hermanos, vamos al centro, vamos al término, vamos á Dios (2).

(1) Curso familiar de Literatura.

(2) R. P. Félix.